Espacios de pasaje. Notas sobre un cuerpo colectivo con pseudópodos singulares

Celeste Reyna

«Uno se encarniza. No se puede escribir sin la fuerza del cuerpo» (M. Duras)[1]

La escritura de esta relatoría es un acto a puro riesgo después de compartir colectivamente una jornada de artes vivas con personas provenientes de otras lenguas y otros territorios, de diversas profesiones y oficios, de entidades amigas —La Neura, radio Nikosia— y desconocidas —Hexperimenta— con quienes compartimos el deseo y el desafío de trabajar con la fragilidad humana. Digo que es a puro riesgo, como toda escritura, porque las palabras encarnadas en la vivencia insisten en desplegarse de formas inéditas. Y porque, después de una experiencia que duró un solo día, salimos con la inscripción deseante de que algo había *pasado* en nuestros cuerpos: algo del orden de lo efímero se inscribía, tal vez la alegría de que hubiera acontecido un encuentro.

«La red no es una solución, sino un fenómeno constante, una necesidad vital» (F. Deligny)[2]

La invitación a participar en un laboratorio sobre malestares, a condición de corporeizar la relatoría y compartir reflexiones sobre salud mental desde las artes vivas, aconteció como un desafío: pensar desde los pies y en polifonía de voces. La propuesta de La Neura puso en juego una red de corporalidades —cuerpos vacilantes, expectantes, dubitativos, avergonzados, prudentes, atemorizados, inhibidos, descolocados, resistidos, desinhibidos— pero predispuestas a jugarse en terreno extranjero y atravesar la incertidumbre del encuentro.

Al llegar al Espai Brossa —territorio donde la letra es un hospedaje para los cuerpos— nos encontramos con objetos instalados. Cada quien elegirá un rasgo y lo hará propio, un objeto-rasgo que lo distinguirá de cualquier etiqueta instituida y que, una vez se haya atravesado la experiencia, retornará a una instalación

[1] Marguerite Duras, *Escribir*, trad. Ana María Moix (Barcelona: Tusquets, 1994).
[2] Fernand Deligny, *Lo arácnido y otros textos*, trad. Sebastián Puente (Buenos Aires: Cactus, 2015).

final del trayecto, a un corpus nuevo que ya será colectivo. La primera elección que sucede desde la singularidad es la que abre al conocimiento de un conjunto de personas con quienes iremos incorporando los trazos del otro a una trama compartida.

Objetos dispuestos como las palabras en la poesía o el juego en la infancia abren el laboratorio para distinguir a cada singularidad e incluirla. Una hoguera colectiva des-objetualizada será la producción final de la experiencia. La pulsación entre sujeto-objeto-cuerpocolectivo-creación circula desde los diversos pasajes por los que iremos transitando, pasando de lo singular a lo extranjero, de lo semejante a lo diverso y de lo otro-diferente a la grupalidad.

Las imágenes y producciones que atraviesan los fragmentos creados entre dos, entre grupos se van sucediendo; movimientos que danzan para producir una escena última desencadenan un acto colectivo que retornará vibrante desde las palabras, por las implicancias afectivas de la vivencia:

> *«…necesito al otro pero me cuesta pedir ayuda en momentos de fragilidad / la salud mental colectiva es estar pendientes de los otros / aprender a compartir, ahí es donde creces / ¿qué es lo que se entiende por locura? / me estoy jugando / otras reglas ordenadoras de las escenas, desde lo 1 al 2 y al grupo / experimentación intensa de emoción / se bajaron las barreras de la timidez / gente vulnerable con distintos historiales / experiencia que humaniza / otras formas de comunicación a través de instrumentos teatrales / dimensión social y experiencial / hacerse entender sin decirlo puede ser liberador / compartir rupturas / bálsamo medicinal / volver al patio de la escuela dejando la infancia al descubierto / un patio sin prejuicios / introspección y juego en el teatro / no hubo escalafones / soy yo pero no soy yo / no se sintió la obligación del yo al compartir / necesidad de ayuda / historia de la soledad / encontrarse y perderse /* ***experiencia humana y humanizante que arranca desde un profundo deseo de encuentro****…»*

Formas y maneras de creación, —por fragmentos y por pasajes— fueron constituyendo así un relato poético que produjo multiplicidad de lecturas desde las diversas vivencias situadas y desjerarquizadas. Circuitos del deseo emergieron de las escenas construidas, pues una vez perdidas volvían a reaparecer en cada secuencia; escenas-que-siendo-una-repetición-de-lo-mismo no se reproducían igual y delineaban el sedimento de lo que iba constituyendo una *vivencia común*. Acto poético colectivo jugado con artilugios, objetos como palabras, que devinieron creación al momento de concluir el laboratorio.

¿Qué metodologías son necesarias para que un territorio desconocido, extranjero, produzca inscripciones deseantes e instale una red en movimiento? ¿De qué materia está hecha una experiencia colectiva capaz de sostener una escritura que queda en la memoria del cuerpo?

Efecto de lo colectivo es el *encuentro*: aquello que se produce y se inscribe después de la experiencia y que resta como registro en la memoria corporal, a modo de huella mnémica corpórea. Una experiencia humana capaz de alojar lo que no funciona para, desde ahí, abrir espacios del decir, de creación y de escucha compartida. Un espacio *lugarteniente del objeto que causa deseo*[3], posibilitador de continuidades, de entradas y salidas, para que los padecimientos puedan ser bordeados, merodeados, atravesados, alojados.

Ser capaz de sumergirse en la aflicción del otro, en sus fragilidades, en sus maneras de hacer frente al sufrimiento sin atemorizarse, y asumir el riesgo que eso conlleva desconociendo cuál será el resultado, es un sedimento ético que da cuenta de lo incalculable de todo proceso y desafía lo instituido.

[pseudópodos performativos]

Una cabeza colectiva mueve su cuerpo y sus pies se desplazan en pequeños gestos poéticos; actos curativos que registran la potencia de los movimientos, las manecillas singulares van y vienen y cada extremidad retorna con material que nutre el núcleo y lo transforma. Así se produce el nacimiento de un organismo singular que hunde sus raíces en la metáfora de un ser unicelular —ἀμοιβή, *amoibḗ*, «cambio», «transformación»—. Dimensiones simultáneas de lo singular y lo colectivo se deslocalizan y vuelven a localizarse, fortalecen la energía del núcleo para realizar los movimientos entre el adentro y el afuera[4].

El organismo colectivo y sus pseudópodos singulares —corporeidad que se performatiza en el espacio— distribuyen su energía libidinal en el transcurrir del laboratorio: la liberan, la repliegan, la dejan flotante, vuelven a salir al exterior y retornan desde el acto creador, que moldea una topología singular: una ameba hecha en red.

Un acto creador en colectivo como *acontecimiento* que trasciende lo singular y lo incluye, y da otro espesor y otro volumen a las texturas que se escriben con

---

[3] Jean Oury, *Lo colectivo: El Seminario de Saint Anne* (Barcelona: Xoroi Edicions, 2017).

[4] La metáfora de la ameba es utilizada por Freud en 1914 en su obra introducción al narcisismo para explicar los movimientos libidinales entre el interior de la persona y el mundo exterior. Dichos movimientos harían referencia a entradas, salidas, estancamientos y liberaciones de la energía libidinal que se dispone psíquicamente para uno mismo o para el afuera.

otros, sin que se pierda el trazo distintivo que lo determina. Un acto creador que tal vez pueda aportar una pequeña diferencia frente a la maquinaria contemporánea que fagocita las subjetividades como un producto más de su industria.

[territorios descentralizados]

Propiciar un territorio común que permita pensar —con el cuerpo y poniendo el cuerpo— una salud mental desde una posición ética, comunitaria y colectiva es un refugio y un desafío para quienes trabajamos en tiempos y espacios atravesados por la productividad, la patologización o la exotización del sufrimiento humano.

Tosquelles[5] nos dejó un legado sobre cómo pensar los dispositivos de salud mental en tiempos convulsos. Nos señaló el camino para crear campos-lazos de trabajo desde territorios adversos, valernos de sus recursos y transformar nuestro quehacer con otros para alivianar los malestares y la existencia. Siguiendo ese horizonte, pienso en la complejidad del trabajo con instituciones cada vez más protocolizadas y en la necesidad de constituir comunidades creativas transicionales, desplegables en el momento en que los padeceres lo requieran.

La pandemia fue un período en el que la urgencia nos obligó a crear procesos colectivos por fuera de las instituciones; permitió tejer redes transitorias en espacios baldíos y hacer de bordes y fronteras posibles litorales. Por esa época, desde los márgenes de las instituciones, surgieron proyectos en colaboración con artistas con quienes fuimos constituyendo pequeñas comunidades creativas. Células que quedaron conformadas después de la experiencia de trabajo conjunto, dispuestas a re-conformarse cuando otro proyecto las convocara. Esos pequeños núcleos se fueron constituyendo al margen de las instituciones, pero con su complicidad o su participación, y dejaron una zona delineada, un contorno que la vivencia inscribía y dejaba latente, para retornar a trabajar cuando lo no simbolizado lo requiriese.

Frente a campos de desingularización que producen sujetos desingularizados, tal vez la alquimia entre el psicoanálisis y las artes sea capaz de potenciar la creación de terrenos subjetivantes y de abrir una hendija por donde hacer pasar los padecimientos desalojados.

---

[5] Francesc Tosquelles (1912–1994), psiquiatra y psicoanalista catalán, figura fundacional de la psicoterapia institucional. Exiliado tras la Guerra Civil española, desarrolló en el hospital psiquiátrico de Saint-Alban (Francia) una práctica que concebía la institución misma como un espacio a tratar y transformar colectivamente.

En las intermitencias de un contexto que promueve *la detención* en los diagnósticos, la inmovilidad en las siglas y el estancamiento en las etiquetas, los espacios de pasaje son vitales para liberar la circulación de los cuerpos y de la palabra. Para «*luchar contra ningún lado*» es necesario construir espacios del decir, espacios de emergencia, espacios como una topología particular, diría Oury[6]. Ese armado podría pensarse como la fabricación de un cuerpo: *un cuerpo colectivo con cabeza grupal* y seudópodos singulares; un ser minúsculo que, representante del cambio y del despliegue de sus falsos pies, produzca movimientos libidinales capaces, tal vez, de alguna metamorfosis.

La eficacia de los espacios creados en los bordes de lo instituido residiría en la facilitación de la dimensión de pasaje: de un sistema a otro, de un lugar a otro, de una persona a otra. Propiciar espacios que hagan existir el cuerpo singular como parte de un colectivo, y un cuerpo colectivo que pueda constituirse desde lo singular: ese es, quizá, el *camino del deseo* por revitalizar, caminar, marcar y resguardar.

Este laboratorio permitió experimentar poéticas corpóreas constituyéndose en un pasaje hacia nuevos interrogantes en salud mental. Desde la polifonía de voces, de escrituras y de miradas revitalizó el fuego del deseo para pensar en red y por su calor humanizante, abrigó los decires de quienes lo compartimos, abriéndonos a la esencia de lo colectivo.

[6] Jean Oury, *Lo colectivo: El Seminario de Saint Anne* (Barcelona: Xoroi Edicions, 2017).